

dos que actualmente hay en el hierro, es difícil saber si algunos repugnan ó no al nuevo predicado que le quiero dar.

SILV. — Veis aquí una cosa bien puesta en razon.

TEOD. — Por lo comun cuando decimos esto es posible ó imposible, hablamos de las cosas en el estado ideal, queriendo decir, que es posible una cosa que tenga estos ó aquellos predicados que consideramos en ella, y prescindimos del estado real, esto es, de otros predicados que tal vez tendrá consigo, fuera de los que ya conocemos. Pero es mas facil probar la *imposibilidad* de una cosa que su *posibilidad*. Si yo alcanzo repugnancia entre dos predicados, puedo decir seguramente, sin mas averiguar, que son imposibles; así como viendo vos un miembro enfermo en cualquier hombre decís sin mas examen que no tiene salud; del mismo modo una sola contradiccion basta para hacer imposible una cosa, aun cuando tenga otros mil predicados posibles y concordés. Mas para probar la posibilidad, es preciso examinar todos los predicados, y combinar cada uno de por sí con los demas, por ver si se halla entre ellos repugnancia. Esto es lo que me ocurre advertir sobre la *verdad* de las cosas, ó sobre su *posibilidad*, porque los imposibles no son verdaderos sino fingidos. Ahora resta tratar de la tercera propiedad de las cosas, que es su *bondad*. Mas porque la *bondad* depende de la *perfeccion*, quiero tratar primero de la *perfeccion* ó *imperfeccion* de cualquier cosa, para que despues me entendais bien lo que diga de su bondad.

§ VII.

De lo perfecto y de lo imperfecto, de lo bueno y de lo malo.

EUG. — Bastante dilatada é importante me parece esta materia.

TEOD. — No os engañais; porque la mayor parte de las contiendas que comunmente vereis gira sobre ser una cosa ó no ser buena y perfecta, y de ordinario en estas cosas se equivoca mucho, y se habla con poco fundamento, porque no se sienta primero lo que es preciso para que una cosa sea perfecta.

SILV. — Cada cosa en su género debe tener la perfeccion que le pertenece; y sobre este fundamento deben girar todas las contiendas acerca de su bondad y perfeccion.

TEOD. — Así es; pero tomando la materia desde el principio, digo, Eugenio, que ó podemos hablar de lo que es absolutamente perfecto en sí mismo, ó de lo que es perfecto en orden á otra cosa. Para dar la idea de la *perfeccion absoluta*, pues esto quiere decir perfeccion en sí mismo, se cansan y mucho algunos entendimientos. Unos dicen que perfeccion absoluta es lo que mejor es tenerlo que no tenerlo. Otros dicen que perfeccion es lo que priva de mácula, etc. Yo juzgo que estas esplicaciones nada dicen que nos enseñe en qué consiste la idea de la perfeccion, y solamente declaran sus efectos. Diré

mi pensamiento, Silvio; y si no os agrada, no le sigais.

SILV. — Eso lo haria yo aunque no me lo encomendaseis.

TEOD. — Toda propiedad del *ser* ó *ente*, que es puramente positiva, es *perfeccion*: toda *imperfeccion* lleva consigo la idea de negacion. Esto para vos será nuevo; el caso está en si es ó no verdadero. Veamos lo que dice el discurso en que me fundo. No os espanteis, Silvio, sin oirme.

La perfeccion debe perfeccionar al ente: este es su oficio. Ahora, pues, lo que es nada no puede perfeccionar á lo que tiene ser: la negacion es nada; luego lo que fuere perfeccion debe ser cosa puramente positiva, libre de todo lo que es idea negativa. Mas la mejor prueba es ir discurriendo por todo lo que se juzga puramente perfeccion, y por lo que es imperfeccion, y veremos que nunca en la pura perfeccion se halla idea negativa, y jamas deja de hallarse en la imperfeccion; pero os advierto que no os engañeis con los nombres, porque tal vez un nombre negativo significa una cosa puramente positiva, y al contrario; v. g., *limitado* es nombre positivo; pero significa idea negativa, porque quiere decir: *hasta aquí llega y no pasa adelante*. La palabra *infinito*, por el contrario, es nombre negativo; pero significa idea puramente positiva; porque dice: *tener siempre mas y mas*, etc. El decir *sin límite*, es lo mismo que decir *sin negacion*, y escluir negacion es cosa positiva, y no es negativa. *Inteligencia* es perfeccion pura, porque es idea

puramente positiva. *Ignorancia* es idea negativa, porque es falta de luz y de percepcion, y asi de lo demas.

SILV. — La idea de *blanco*, la de *cuerpo*, la de *pecado*, todas son puramente positivas, y ninguna de ellas es perfeccion: si lo fuesen, las hallariamos en Dios, el cual incluye toda pura perfeccion. ¿Qué decís?

TEOD. — No todo lo que parece positivo lo es en realidad: *blanco* supone cuerpo, y *cuerpo* incluye muchas negaciones en su idea, como son el no poder entrar en donde está otro cuerpo: el tener *figura*, que es lo mismo que ser limitado por todo al rededor, y otras muchas cosas si se hiciera bien anatomía de su idea. La idea de *pecado* ó de *mancha*, aunque es positiva, supone exclusion de otras cosas positivas, porque *mancha* dice límites alrededor; *pecado* ó cualquier género de fealdad escluye la semejanza y conformidad con la razon, con la ley, con la rectitud, etc. Feo escluye la belleza, esto es, todo lo que puede escitar agrado; y lo que es escluir positivo puramente tal incluye negacion. Por tanto no os equivoqueis en esto. Lo que escluye cualquier cosa positiva, ya es *negacion*, ó la supone; y aunque conste de mil predicados positivos si tiene mezcla de uno que sea negativo ya es imperfeccion.

SILV. — Para ser malo cualquier defecto basta: para ser bueno todo ha de ser completamente tal. Este es nuestro antiguo proloquio con que nos criaron.

EUG. — Pero decidme: la figura de cualquier

cosa es cosa positiva, y con todo eso no es perfeccion pura, porque en Dios no la hay, y yo os oí decir que en Dios habia toda la perfeccion.

TEOD. — Ponedme una bella estatua de cera de Hércules, v. g., que sea un asombro. Tiene una buena figura. ¿Quereis ver si esta belleza que tiene es cosa positiva, ó si envuelve en sí cosa negativa? Derretid un poco de cera, y echadla goteando por todas partes, de modo que la cubra alrededor: enfriada la cera quedará un grande pedazo informe en lugar de la figura: ya está perdida la figura y la belleza, etc., y no obstante nada quitásteis, antes bien añadisteis. Una cosa, pues, que se pierde cuando yo añado algo, señal tiene de que consistia en la negacion de esa misma cosa; luego la figura de aquella estatua parte consistia en positivo y parte en negativo, quiero decir, consistia en tener la nariz hasta tal ó tal punto sin pasar adelante, pues esto es lo que hace la figura. Con el discurso del tiempo hareis reflexion, y vereis que toda propiedad que sea puramente positiva, sin envolver ni suponer negacion de positivo, viene á ser perfeccion del ente; y que toda *imperfeccion*, sea por un modo ó sea por otro, lleva concepto de cosa negativa. Muchos no admitirán esta doctrina: ninguno me hace injuria en esto, ni yo se la hago en proponer mi pensamiento. Vamos adelante.

EUG. — Siga cada uno lo que mas le agradare.

TEOD. — Ahora ya podemos formar concepto de lo que es *perfecto en sí absolutamente*, para despues poder hacer concepto de lo que es perfecto en or-

den á otro. Wolff dice que la perfeccion respectiva (esto es en orden á otra cosa) consiste en la *concordia de la tendencia á un fin*, y la imperfeccion respectiva en la *discordia de la tendencia á un fin*. Os explicaré esto en términos mas claros y con un ejemplo: un ojo es perfecto cuando la retina, la pupila, el cristalino, el humor vítreo, el acueo, la figura del todo y de sus partes estan formadas de suerte que todo se encamine al fin de ver bien: por el contrario es imperfecto el ojo cuando si unas partes se encaminan á ver bien, las otras no concuerdan con ellas, v. g.: se encamina la figura del cristalino á hacer la pintura del objeto en la distancia de seis líneas, de la pupila v. g.; pero la concavidad del ojo por ser mayor que seis líneas se encamina á hacer la pintura en la distancia de ocho á nueve. Ved aquí una discordancia en la tendencia al mismo fin.

EUG. — Ahora ya lo entiendo bien.

TEOD. — Por tanto *una cosa es perfecta* (respectivamente) cuando todas sus partes se encaminan bien á su fin; y es *imperfecta* cuando alguna de sus partes impide de algun modo el fin de esa misma cosa. Poned esta proposicion en la memoria. Advertid ahora que una misma cosa puede tener muchos fines. Si se encamina bien en todas sus partes á un fin se llama *perfeccion simple*: si se encamina bien á dos ó mas fines se llama perfeccion compues-

¹ Ontol., § 503. *Perfectio est consensus in varietate. Consensum vero apello, tendentiam ad idem aliquod obtinendum* 504. *Imperfectio est discensus in varietate tendentiarum ad commune aliquod obtinendum.*

ta : si el ojo, v. g., solo se encamina bien á ver tiene una perfeccion ; si tambien se encamina á hermostear el rostro, por ser en lo exterior bien proporcionado, de buen color en la pupila, etc., siendo bueno para dos fines tiene dos perfecciones ó una perfeccion compuesta, por lo cual, Eugenio mio, reparad bien en esto para atajar y resolver mil cuestiones familiares y frecuentes. La regla de la perfeccion consiste en servir bien para el fin á que alguna cosa se destina. Grabad bien en la memoria esta regla : *Lo que sirve bien para el fin á que se destina es perfecto : lo que no sirve bien para el fin á que se destina no es perfecto.* Por esta regla general os gobernareis siempre y con seguridad.

EUG. — Jamas la olvidaré.

TEOD. — Por tanto es inutil y vana toda disputa sobre la perfeccion de alguna obra, mientras no se acuerda sobre el fin á que se encamina, porque la utilidad para este fin es la regla que hace juzgar de su perfeccion ó imperfeccion. Aquí advierto que acontece muchas veces que una misma obra se encamina á diferentes fines ; pero debe distinguirse entre el fin principal y el menos principal, prefiriéndose siempre el mas digno y el mas importante. Por esto cuando una circunstancia se opondrá á otra, de forma que lo que conduce para un fin impida para el otro, debe preferirse el fin principal para que la obra quede perfecta. Pongamos por ejemplo un palacio : este se edifica para dos fines : el primero para comodidad del que le ha de habitar : el segundo, para adorno de la ciudad, y agrado del que le viere, y tambien para señal de la nobleza de los

que en él han de asistir. Sucede algunas veces que para la buena comodidad de los que han de habitar en él, es preciso disponer las puertas, escaleras ó ventanas de un modo ; mas para la hermosura exterior de la ciudad debian disponerse en otra forma. En este caso es locura preferir el gusto ageno á la propia comodidad : debe el arquitecto buscar alguna idea para conciliar los dos fines, ya haciendo alguna puerta ó ventana falsa, ya haciendo diversos cuerpos en la fachada exterior, que siendo entresí diversos, pero correspondientes, hermoseen con la variedad la fachada, ya con fajas falsas que se ponen en medio para distinguir el un cuerpo del otro, quedando asi mas noble, etc. Pero en el caso de despreciar uno de los dos fines, debe despreciarse el segundo, y atender al primero.

Otro ejemplo. El fin principal de un reloj es regular bien el tiempo : el segundo fin es adornar una sala, y recrear los sentidos, sea con la belleza exterior, ó sea con los minuets. Si señala justo, aunque tenga fea la apariencia y ronca la campana, es buen reloj, porque tiene el fin principal ; y si fuese desarreglado no es buen reloj, aunque todo lo demas sea agradable. De este modo, Eugenio, debemos discurrir en todas las demas cosas.

EUG. — No hay duda que sin reparar en el fin para que una cosa se ha hecho no podemos juzgar de su perfeccion y bondad ; y así aunque una nave sea muy hermosa, toda dorada, y con las velas de seda de varios colores, si fuere muy pesada y dura en la maniobra no la debemos dar por buena. Un vestido muy precioso y rico, pero que no ajuste al

cuerpo, ni le sea proporcionado, no puede ser bueno y perfecto. Un caballo bien hecho y de buen pelo, pero que no tenga paso ni sea fiel en el manejo, que tenga la boca dura y muchos resabios, no puede ser bueno ni perfecto. Un cuadro con bello marco, buenos colores, muchas figuras, pero de mal dibujo, no puede ser bueno ni perfecto, porque ninguna de estas cosas sirve para el fin para que fueron hechas. El fin de la pintura es representar á los ojos los objetos que quiere imitar : el fin de la nave es moverse bien por el agua : el fin del vestido es servir al cuerpo, etc. Si no sirven para el fin á que fueron hechos, no son útiles, aunque sean muy preciosos.

TEOD. — Ved aquí la piedra del toque que hace conocer los metales, y distinguir el oro del latón. Esta es la base fundamental de la crítica que hoy tanto reina, y tan justamente es estimada de todos los hombres entendidos. En el próximo siglo pecaban generalmente la poesía, el teatro y el púlpito contra esta máxima fundamental y regla sustancialísima, porque ninguna de estas cosas conseguía su fin. Pocos años há que los hombres empezaron á levantar la cabeza, y salir del miserable estado de esclavitud en que vivían. Unos pueblos mas presto, otros mas tarde, todos van conociendo la luz, y gobernándose por esta regla á pesar de los viejos, los cuales mueren de pena, y porfían en llevar hasta la sepultura los malos dictámenes en que los criaron. *Esto así es bueno, porque así lo alababa mi maestro fulano.*

SILV. — ¡Pretendeis acaso derribar de un golpe

tantos poetas célebres, tantas comedias admirables, tantos sermones pasmosos, que causaban admiración á los estraños! Es demasiada presunción de los modernos que desprecien en todo á los antiguos.

TEOD. — Amigo Silvio, si sois hombre racional gobernados por la razón. ¿Podrá ser buena una cosa que no sirve para aquel fin á que mandaron hacerla?

SILV. — No.

TEOD. — Pues eso y nada mas es lo que dicen los modernos. Cada uno por su curiosidad puede aplicar esta regla, la que ya ahora tambien es vuestra, pues la aprobais francamente : digo que puede aplicarla á esta ó á aquella obra que fuere mas natural. V. g., el teatro fue inventado como bueno para inspirar amor á la virtud heroica : lo uno para inspirar terror y horror al vicio, lo otro para ridiculizar y hacer que se huya de los defectos mas comunes y vulgares. Este es el fin verdadero de las operas, tragedias y comedias : fines santos y utilísimos. No podia conseguirse este fin sino por medios tan dulces y tan suaves que atrajesen, así como vos lo haceis cuando recetais las píldoras salutíferas y amargas, dándolas en gustosas obleas ó cucharadas de vino generoso. Mas ¿qué hicieron los hombres con el discurso del tiempo? Se olvidaron de los fines, y pusieron el teatro de tal modo, que en vez de inspirar amor á la virtud heroica y horror al vicio, se sirvieron de él para desterrar todo amor á la virtud, y enseñar prácticamente los vicios mas abominables y contrarios á la religion, á la república y á las familias particulares. De esto ninguno

puede dudar. Poned ahora por fundamento de un discurso vuestra regla: *Que una cosa que no sirve para el fin á que se destinó no es buena.* Y viendo que los teatros no servian, antes impedian y destruian este fin, y servian para lo contrario, sacareis la consecuencia que quisiéreis.

EUG. — Yo la sacaria diciendo que eran pésimos en lugar de ser perfectos.

TEOD. — Me detengo mas en la aplicacion de esta regla, porque atiendo á vuestra utilidad, Eugenio, y quiero arrancar de vuestra alma algunas preocupaciones que allá teniais. La poesía, que fue inventada para recrear el entendimiento, y escitar las pasiones nobles con una especie de encanto, para llevar el alma al buen fin, sin que esta sintiese el trabajo de caminar, estaba reducida á tal estado, que hacia lo contrario de lo que se intentaba ó debia intentarse. En cuanto á la voluntad escitaba las pasiones que debian ser reprimidas. En cuanto al entendimiento no hacia sino afligirle mucho con cosas inverisímiles, impropiedades, violencias y oscuridad. Raras veces la presentaba sino pensamientos disformes, unos por hinchados, otros por tan altos, que se perdian en las nubes, otros bajos, rastreros y frívolos, otros horrorosos por la indecencia que ofrecian, otros traídos de muy lejos, arrastrados y violentos. Los oidos se hallaban llenos de palabras estrañas de la lengua, frases violentísimas y oraciones sin sentido, porque el poeta se le dejaba cerrado en su casa para comunicarle al que pidiese el comento de aquel verso. Aplicad ahora á esta poesía la regla que Silvio aprobó para conocer la bon-

dad de cualquier cosa, y vereis la consecuencia que os sale en el discurso. Hoy (gracias á Dios) en nuestro reino lo vemos todo muy mejorado, y de forma que dentro de poco mudarán los estrangeros el mal concepto que de nosotros hacian hasta el presente. La oratoria, así profana como sagrada, estaba en la misma decadencia que el teatro y la poesía. El que no tenia *el teatro de los dioses* no tenia con que adornar ningun papel profano, y aun en los sagrados le hacian grande las mentiras y locuras gentílicas. ¡ Linda cosa era mezclar la voz del Espíritu Santo, cuyo oráculo es el púlpito, con las fábulas de los gentiles! Averiguad, pues, este punto con fundamento, porque muchas veces en las conversaciones de la corte hallareis por asunto el hacer crítica ó juicio sobre los sermones mas plausibles, y quiero que discurreis en esto con prudencia.

EUG. — Decís bien, porque es materia que se trata muchas veces en las concurrencias.

TEOD. — No conviene que os dejes llevar del espíritu mordaz de criticarlo todo, ni del espíritu servil y lisonjero de aprobarlo todo ciegamente. Poneos delante de los ojos el fin para qué se inventó la oratoria sagrada, y ved cual es.

EUG. — No creo que sea otro sino enseñar la verdad del Evangelio, escitar á la virtud, y espantar el vicio.

TEOD. — Todo lo habeis dicho en esas pocas palabras. Id, pues, examinando con esta regla en la mano los sermones de que se tratare, y vereis si son buenos ó malos. Antiguamente (y aun hoy fuera de la corte) los mas alabados eran los peores, porque

si el predicador tenia ingenio vivo empezaba el sermón por un asunto tan alto y tan empinado, que solo el mirar hácia él asustaba. Todos creían que era falso, y aun él mismo se persuadía á esto mas que ninguno. No obstante, quería mostrar la delicadeza y la fuerza de su ingenio en adornar de tal modo aquella mentira, que apareciese enmascarada en el santo teatro de la iglesia con la hermosura de la verdad; y para mayor sacrilegio (permitid que así me explique), no se contentaba hasta poner esta mentira en la divina boca, probando que Dios nos habia dejado dicho en las santas Escrituras aquella falsa verdad. Yo mismo oí á un predicador confesar ingenuamente que los que mejor predicaban eran los que mas mentaban.

SILV. — Es locura el conceder semejante despropósito.

TEOD. — Lo será; pero tomad los sermones impresos en el principio de este siglo, ved aun los mas afamados, y á escepcion de algunos sermones ascéticos, y estos raras veces enteros, advertireis que eran en los otros mas las mentiras que las verdades, pretendiendo todos hacerse admirar del pueblo con lo nuevo é ináudito de las proposiciones y las pruebas, no mirando al fin en aquella acción. Lo que me parece mas indigno de perdon es, que algunas veces probasen en los sermones ascéticos verdades santas y del Evangelio, parte con fábulas de los poetas, parte con lugares de la Escritura, tan arrastrados y fuera de su verdadero sentido, que venian á probar la verdad con la mentira, dejando á un lado razones eficacísimas y lugares propios de la Escritura que

las probasen. Si no temiera que esta instrucción degenerase en sátira, yo os demostraria esto mismo en esos grandes sermonarios que hoy teneis en la librería. Sea elogiado nuestro monarca, el que, mostrando notorio desagrado de este abuso, y alabando públicamente á los que empezaban á despreciar el estilo que llaman antiguo, abrazando el verdadero método, fué la causa de que hoy se halle el púlpito tan reformado en la corte. Yo quisiera que los de fuera viniesen acá á predicar por su estilo antiguo que tenazmente defienden, que yo les aseguro que habian de quedar tan avergonzados que no volverian á subir al púlpito.

SILV. — Yo no puedo concordar con vosotros. Esos hombres pasmosos que hemos tenido sin duda predicarian conforme á las reglas; y haciéndolo conforme á las reglas, ¿cómo podemos dudar que son buenos sus sermones?

TEOD. — ¿Y cuales son las reglas?

SILV. — De eso no sé yo, que nunca he sido orador.

TEOD. — Las reglas de la oratoria en comun son las que dan Ciceron y Quintiliano siguiendo á Aristóteles. Las de vuestro Aristóteles, y despues de esto las de Rollin, Fr. Luis de Granada y el P. Gisbert, etc., todos uniformemente, sin la menor controversia, concuerdan en este punto. No hay entre estos discrepancia ni jamas la hallé.

ERG. — Y ¿qué reglas son esas? porque deseo hablar con algun fundamento en este punto.

TEOD. — Tres cosas dicen que debe hacer el orador, enseñar, agradar y mover. El enseñar y agrar

dar se dirijen á mover y persuadir. Si la oracion es civil debe persuadir la verdad civil, como lo hacia Ciceron; si la oracion es sagrada debe persuadir verdades santas y mover á pios afectos. El que verdaderamente persuadió y movió predicó bien, el que no persuadió ni movió no consiguió lo que queria, y predicó mal. Ahora bien, para persuadir á hombres, esto es, al único animal que se gobierna por la razon, conviene usar de razones verdaderas y sólidas, de suerte que el oyente quiera ó no quiera diga: *esto es así, esto es así*. Si lo deja dudoso no consiguió del todo su fin, si lo deja persuadido fué muy bueno el sermon, porque consiguió el fin para que se hizo; y en esto consiste el ser bueno un sermon.

EUG. — Por ese discurso me gobernaré de aqui adelante, siguiendo esa regla de la bondad y perfeccion de cualquier cosa.

TEOD. — De aqui se saca por consecuencia ser falsas y erradas varias reglas, por las cuales el vulgo y muchos que no son vulgo juzgan de la bondad y perfeccion de alguna cosa. Unos defienden que una obra es buena y muy buena porque costó mucho hacerla. Esta regla de bondad es falsa; porque puede costar mucho, y no servir bien para lo que se hizo. Unas medias que se presentaron en la academia de las ciencias de París, hechas del hilo de las arañas, hilado como si fuese seda, claro está que costarian mucho (hablando del dinero, de la industria y del trabajo); y con todo eso es cosa clara que no eran buenas en género de medias, porque no servian para su fin; solamente eran buenas en género

de raridad, y en prueba de la industria de M. Reaumur, á quien se habia confiado el examen de la utilidad de esta especie de seda. ¡Qué trabajo no costó una vida de san Felipe Neri hecha toda de centones de versos de Virgilio, tomándose el autor la libertad de juntar en un verso dos mitades de versos diferentes! ¡Qué trabajo no costó una poesía hecha solamente con una vocal, y era la A! Aun me acuerdo de un verso: *Armada Palas, la rara fatal campaña*. Sé que hicieron otros cinco poemas, á cada uno de los cuales faltaba sucesivamente su vocal, en uno jamas se hallaba la A, otra faltaba la E etc.

SILV. — Aun así prueban esas obras grande ingenio.

TEOD. — Tres cosas prueban, y son: mucha *paciencia*, mucha *ociosidad* y mucho *mal gusto*; porque es imposible que no hubiese en estos poemas infinitas violencias, impropiedades y ridiculeces; mas no sirve para el fin de la poesía. El trabajo, paciencia y constancia de ánimo para emprender obras difíciles, es muy laudable cuando se espera utilidad correspondiente á ese trabajo; pero cansarse un hombre en hacer sin utilidad una cosa mala en su género, prueba mucho mal gusto, desorden en la máxima, y error en la idea de la bondad por donde todos deben gobernarse. Lo mismo digo del coste y gasto que se hace para una obra, porque este no prueba ser buena ni mala. Puede costar mucho y estar muy mal hecha, y puede estar bien hecha costando muy poco.

EUG. — Así acontece muchas veces.

TEOD. — Todo va en confundir dos cosas diferentes como si fuesen una sola. Confunden *bueno* con *difícil*; pero el que hace reflexion, al punto conoce que son cosas muy distintas, y que el confundirlas entre sí no puede menos de ser raiz de muchos yerros. Reparad bien, Eugenio, y vereis trocar infinitas veces estas ideas, dando por prueba de ser bueno lo que en la realidad solamente prueba que es difícil.

EUG. — Ahora hago reflexion de que eso es bien frecuente.

TEOD. — Otra regla falsa para juzgar de la bondad es el *uso*. Muchos para probar que la cosa es buena en su género dicen: *así se acostumbra, así se ha hecho siempre*. Los artífices, que por lo comun trabajan ciegamente obrando como los enseñaron, sin examinar por qué lo hacian así, son los mas persuadidos de este error. Mas vos, que teneis juicio, bien conoceis que puede una cosa ser conforme al uso y moda de aquel tiempo y de aquel pueblo, y no ser muy acomodada para el fin á que se destinó. La continua mudanza de los usos, y la diferencia que se halla entre diversos pueblos, prueban que no todo lo que se usa es bueno. Mútuamente se condenan un uso á otro, y nunca la bondad de una cosa puede ser contraria á sí misma.

SILV. — Aun así lo que es comunmente estimado y por hombres de juicio siempre debe ser bueno en su género.

TEOD. — Ahí teneis, Eugenio, otra máxima errada: juzgar de la bondad de las cosas por la autoridad. Vamos á ver si esa obra sirve bien para el

fin á que se hizo, y así nos certificamos de si es ó no buena. Aquella máxima ha causado en las letras una ruina increíble. Todo lo que llaman *sescentésimo*, quiero decir la barbarie cuasi universal que reinaba en el siglo décimosesto, se apoyaba sobre aquella máxima. Vino el siglo mas ilustrado, y se conoció que hasta entonces el mundo estaba casi á oscuras. Si puede errar un hombre tambien diez millones de hombres podrán errar, teniendo la misma naturaleza, las mismas pasiones, y los mismos defectos.

SILV. — No se atiende á la multitud de hombres, sino á los hombres de juicio mas ilustrados.

TEOD. — Demos que así le tengan los que gozan la fama de serlo. Bien puede un hombre ser muy docto en una materia y no entender palabra en otras. Un buen astrónomo, un excelente médico, un famoso estadista, un jurista grande son verdaderamente hombres doctos. Supongamos que todos estos concuerdan en aprobar un bello edificio, un grande puente, una fuente magnífica etc., todos estos hombres, dando en estas obras su aprobacion, no hace peso alguno, porque pudieran no entender nada en este punto. No há muchos dias ví á un sugeto que está muy satisfecho de cierto poema que habia concluido, porque un señor de los mas principales se le habia aprobado mucho, y aun mandado imprimirle; yo le reprendí: ¡ *Ay de tí, si ese grande señor no es gran poeta ó no tiene buen gusto en la poesía, porque hará tus defectos patentes á todo el mundo!* Aquí pecan tambien muchos dando valor á lo que no le tiene. La autoridad de un hombre grande

solamente es digna de atencion en uno ó en otro género ; fuera de este no tiene peso alguno , á no ser que sea algun ingenio raro que tenga la costumbre de filosofar en todo, y buscar la razon de todo para gobernarse en cada cosa por la regla de la razon, y no por la ciega costumbre ó autoridad desproporcionada.

ETG. — Si Dios nos dejó la razon para nuestro gobierno, ¿para qué hemos de buscar fuera otra regla, teniendo la verdadera en casa?

§ VII.

De la bondad de todas las cosas.

TEOD. — Puesta ya y establecida la regla general de la perfeccion, es facil conocer en qué consiste que una cosa sea buena. *Llamamos bueno lo que en su género tiene la perfeccion.* Solamente Dios es absoluta y completamente bueno ¹; porque solamente él tiene todo lo que es perfeccion absoluta en sí misma, y le repugna todo lo que en sí mismo es imperfeccion. Lo demas, fuera de Dios, tiene perfecciones mezcladas con imperfecciones. Hablo ahora de la bondad de las cosas *absolutas*, esto es, prescindiendo del orden que digan á otras cosas; pero hablando de la bondad respectiva, digo que hay varias especies de bondad, porque unas cosas

¹ *Nemo bonus, nisi solus Deus.* Marc. 1.

son buenas respecto de un fin, y no lo son respecto de otro. Por esto dividen la bondad en tres clases: *metafísica, física, y moral.* Bondad metafísica consiste en que una cosa tenga las perfecciones que pertenecen á su esencia. En este sentido todo es bueno, porque es imposible que exista una cosa careciendo de lo que pertenece á su esencia.

La bondad física consiste en que una cosa tenga todas las calidades precisas para el fin á que fué destinada en la creacion; en este sentido son buenas todas las obras de Dios, segun el testimonio que nos da el libro del Génesis, cuando dice, que concluyendo Dios la creacion del mundo, y mirando á todo cuanto habia hecho, lo halló muy bueno ¹. Pero es preciso reflexionar que los fines que Dios tuvo en la formacion de toda criatura, no son solamente los que nosotros juzgamos á primera vista. Por falta de esta reflexion tienen algunos el atrevimiento de hallar defectos en ellas.

Si un rústico viese separadas las piezas de un reloj, veria unas torcidas, otras desiguales, otras con todos los dientes inclinados á un lado, y le parecia que habia muchos defectos, queriendo tal vez que los dientes estuviesen derechos como en las otras ruedas; que los hierros estuviesen iguales y sin tor-

¹ *Vidit Deus cuncta quæ fecerat. et erant valde bona.* Gen. 1. 5. Contra este principio yerran los sectarios del optimismo, los que dicen que no podieran las cosas ser mejores, para iñferir despues una fatal necesidad. Toda la equivocacion consiste en no hablar con distincion; y así debe decirse, que todas las cosas tienen la bondad que necesitan para concurrir al sistema que Dios escogió; mas no por esto son incapaces de mayor medida de bondad; y si no la tienen es porque no era conveniente para los fines que Dios libremente se propuso.